



Ni la vuelta de Moisés, ni su grande indignación, ni las tablas quebradas al pié del monte, ni el becerro de oro reducido á polvo y arrojado en el torrente, habian podido hacer entrar en sí mismos á todos los culpables; continuaban las danzas y los juegos libertinos en las calles y en las plazas. Entonces Moisés, viendo cuál era la disolucion del pueblo, y que Aaron mismo le habia desarreglado de manera que llegaria á ser objeto de desprecio para sus adversarios (1), se puso á la puerta del campamento, y exclamó: «Si alguno es del Señor, júntese á mí.» Al punto se unieron á él todos los hijos de Leví, es decir, todos los de esta tribu, que habian permanecido fieles, y les dijo: «Así habla el Señor Dios de Israel: Ponga cada hombre la espada sobre su muslo; id y volved de puerta á puerta por medio del campamento, y cada uno mate á todo el que encuentre, sin distincion de hermano, de amigo y de cercano. Comenzad de esta suerte vuestro ministerio cerca del Señor, porque más de uno entre vosotros habrá de combatir á su hijo y á su hermano; por esto atraereis la bendicion sobre vosotros.» Los hijos de Leví hicieron lo que Moisés les habia ordenado, y perecieron en aquel dia cerca de veintitres mil hombres (2).

El hebreo, el samaritano, la paráfrasis caldaica y los Setenta no dicen más que *tres mil*; Filon, Tertuliano, San Ambrosio, Optato, San Isidoro de Sevilla, Raban Mauro, la antigua *Vulgata*, en las Biblias políglotas de Amberes y de Paris, en fin, la última edicion de San Jerónimo dicen lo mismo. En las ediciones ordinarias de las Biblias latinas, se leen *veintitres mil*. Este número ha podido tomarse con motivo del texto en donde San Pablo, hablando de la idolatría y de la fornicacion de los israelitas, hace mencion de veintitres mil hombres que perecieron á causa de esta fornicacion (3); pero este comercio ilícito es el que

la fiesta que debian celebrar, les dice: *Mañana será la solemnidad de Jehová.* (El abate Guénéé, *Lettres de quelques juifs à M. de Voltaire*, primera parte, carta quinta).

(1) Tal es el sentido del hebreo comparado con el griego.

(2) Exodo, 32, 25 y 29.

(3) 1 Cor., 10, 7 y 8.

cometieron con las hijas de los moabitas, y cuyo motivo perecieron veintitres ó veinticuatro mil hombres (1). Esta diferencia de número puede proceder tambien de la diferente manera de leer el hebreo. La misma letra hebrea (2), considerada como particula al principio de la palabra *tres*, significa *cerca*; pero considerada aparte, como cifra ó letra numeral, significa *veinte*. De suerte que la misma letra, tomada diversamente, da *cerca de tres mil y veintitres mil* hombres. La primera version nos parece la más autorizada.

Por lo demás, todo esto era un castigo jurídico de los culpables pertinaces; ellos se habian sometido de antemano á esta ley aceptándola. Lo que nos admira, es ver á los futuros ministros del tabernáculo servir á esta ejecucion. El cristianismo, que trabaja por hacer de todos los pueblos una misma sociedad espiritual, que, por consiguiente, no está en guerra con ninguno, prohíbe á sus sacerdotes la profesion de las armas, más todavía por su espíritu de dulzura que por sus leyes expresas. No sucedia lo mismo en la antigüedad; el sacerdote no lo era todavía para la humanidad entera, sino sólo para su nacion; se unia, pues, á sus querellas contra otra. Entre los hebreos, sin estar sujeto al servicio militar, tocará la trompeta en medio de las batallas y animará con sus palabras el ardor de los combatientes. Fineés, hijo menor de Aaron, no se distinguirá menos por su valor que por su celo; el sacerdote Banaías será uno de los más bravos de David y general de los ejércitos de Salomon; los macabeos llenarán el universo con sus hazañas. Cosa parecida se veia entre los demás pueblos. Los ejércitos romanos eran frecuentemente mandados por los pontífices y los sacerdotes de los romanos; el más famoso de sus capitanes, César, era al mismo tiempo soberano pontífice.

Al dia siguiente, habiendo comenzado el pueblo á conocer su falta, Moisés le dijo: «Habéis cometido un pecado grandísimo; subiré al Señor, por si de algun modo pudiere suplicarle por vuestra amistad.» Dios le habia prome-

(1) Núms., 25, 9.

(2) Caf.



tido no exterminar al pueblo; pero deseaba un perdon más completo. Habiendo, pues, vuelto al Señor, dijo: «Esto ruego: este pueblo ha cometido un grandísimo pecado, y han hecho para sí dioses de oro. ¡Ah! perdónales esta culpa; si no lo haces, bórrame de tu libro que has escrito.» Es una caridad parecida á la caridad de San Pablo, que deseaba ser anatematizado por sus hermanos. El Señor respondió á Moisés: «Al que pecare contra mí, le borraré de mi libro; mas tú anda y lleva ese pueblo donde te he dicho; mi ángel irá delante de tí. Y yo en el dia de venganza visitaré tambien este pecado de ellos.» Y así el Señor hirió al pueblo por el pecado del becerro que habia hecho Aaron. La Escritura no dice con qué plaga fueron castigados.

El Señor ordenó de nuevo á Moisés conducir el pueblo hácia la tierra prometida á Abraham, á Isaac y á Jacob, á esa tierra en donde corren arroyos de leche y de miel. En cuanto á él, no subirá con ellos, por miedo de exterminarles en el camino, porque es un pueblo de dura cerviz. Enviará delante de ellos á su ángel, que exterminará á los pueblos de Canaan.

A la triste nueva de que el Señor no habitaria más en medio de él, el pueblo lloró, y ninguno se puso sus adornos acostumbrados (1). Todavía hoy los judíos celebran dos ayunos por año: uno con motivo del becerro de oro, otro por las tablas de la ley que fueron rotas.

Para dar al pueblo arrepentido una imagen sensible de la excomunion con que Dios le amenazaba, Moisés levantó el pabellón ó tabernáculo preparatorio, sobre el cual descansaba la columna de nube y en donde hasta entonces se celebraba el culto divino y las asambleas públicas; y le extendió lejos, fuera del campamento, y llamó su nombre el Tabernáculo de la alianza. Todos los del pueblo que tenian alguna cuestion, salian al Tabernáculo de la alianza, fuera del campamento. Y cuando salia Moisés al Tabernáculo se levantaba todo el pueblo y estaba cada uno en pié á la puerta de su pabellón, y miraban la espalda de Moisés hasta que entraba en el Tabernáculo. Y luego que estaba en el

Tabernáculo de la alianza, bajaba la columna de nube y se paraba á la puerta y hablaba con Moisés. Viendo todos cómo la columna estaba parada á la puerta del Tabernáculo, estaban en pié, y por la puerta de sus tiendas adoraban al Señor. Pues bien: el Señor hablaba á Moisés cara á cara, como suele un hombre hablar á su amigo. Y cuando volvía al campamento, el joven Josué, su ministro, hijo de Nun, no se apartaba del Tabernáculo.

En estas conversaciones con Dios, Moisés le suplicó hiciese gracia con su pueblo. «Hé aquí lo que me decís: me mandas que saque á este pueblo y no me muestras á quién has de enviar conmigo, mayormente habiendo dicho: Te conozco por tu nombre y has hallado gracia delante de mí. Pues si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que te conozca y halle gracia delante de tus ojos; vuélvete á mirar á esta nacion que es tu pueblo.» Y dijo el Señor: «Mi rostro irá delante de tí, y te daré descanso.» Y Moisés dijo: «Si tú mismo no vas delante, no nos saques de este lugar. Porque, ¿en qué cosa podremos conocer yo y tu pueblo que hemos hallado gracia delante de tí, si no anduvieres con nosotros, para que seamos honrados por todos los pueblos que habitan sobre la tierra?» Y dijo el Señor á Moisés: «Aun esa palabra que has dicho, la haré, porque has hallado gracia delante de mí, y á tí mismo por tu nombre.» El cual dijo: «Muéstrame tu gloria.» Respondió: «Yo te mostraré todo mi bien y llamaré por el nombre del Señor delante de tí; y tendré misericordia de quien quisiere, y seré clemente con quien bien me pareciere.» Y otra vez dijo: «No podrás ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá.» Y añadió: «Hé aquí, hay un lugar junto á mí y tú estarás sobre la piedra, y cuando pasare mi gloria te pondré en el agujero de la peña y cubriré con mi derecha hasta que pase, y quitaré mi mano y verás mis espaldas; mas no podrás ver mi rostro (1).»

Después le mandó cortar dos tablas de piedra como las primeras: «Y escribiré sobre ellas las palabras, que tuvieron las tablas que que-

(1) Exodo, 32, 30 y 35.

(1) Exodo, 33, 12 y 23.



braste. Está apercebido para mañana, para que subas luego al monte Sinai, y estarás conmigo sobre la cima del monte. Nadie suba contigo, ni sea visto alguno por todo el monte; ni bueyes ni ovejas sean apacentados enfrente de él.» Moisés ejecutó esta orden.

Entonces, habiendo descendido el Señor en una nube, estuvo Moisés con él, invocando el nombre del Señor, el cual pasando delante de él dijo: «Dominador Señor Dios, misericordioso y clemente, sufridor, infinito en misericordia y en verdad, que guardas misericordia en millares, que quitas la iniquidad y las maldades y los pecados, y en cuya presencia ninguno hay que por sí no sea inocente. Que retornas la iniquidad de los padres sobre los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generacion.» Y presuroso Moisés se encorvó inclinado al suelo, y adorando, dijo: «Señor, si he hallado gracia delante de tí, ruégote que camines con nosotros, porque es un pueblo de dura cerviz, y que quites nuestras iniquidades y pecados; y que nos poseas.» Respondió el Señor: «Yo haré el pacto á vista de todos, haré señales que nunca se vieron sobre la tierra, ni en algunas naciones, para que vea ese pueblo, en medio del cual estás, la obra terrible del Señor que tengo de hacer (1).»

¿Quién es el que se hace ver así á Moisés? Él mismo se llama el Eterno, Dios, infinito en misericordia, el que quita el pecado, el que no puede verse tal como es en sí mismo sin morir, el que no puede verse sobre la tierra más que como un espejo, en alguna cosa inferior, en la sombra que le sigue. Moisés le llama Jehová, Adonai; Moisés le adora y le ruega que perdone el crimen que acaba de cometer Israel, adorando á la criatura en vez del Criador. ¿Cómo no reconocer al ángel de Jehová, el ángel de la alianza, el ángel del gran consejo, el Verbo de Dios, Dios de Dios, verdadero Dios de verdadero Dios, que ha descendido del cielo para borrar los pecados del mundo?

«Esta es la excelente doctrina de los Padres, dice Bossuet, maravillosamente explicada por Tertuliano. Este grande hombre cuenta, que ha-

(1) Exodo, 34, 1 y 10.

biendo resuelto el hijo de Dios tomar una carne semejante á la nuestra cuando llegara la hora, desde el principio le plugo siempre conversar con los hombres; que con este designio frecuentemente descendió del cielo; que era el que desde el Antiguo Testamento hablaba en forma humana á los patriarcas y á los profetas. Tertuliano considera estas diferentes apariciones como preludios de la encarnacion, como preparativos de esta gran obra que se comenzaba desde entonces. De esta suerte, dice, el Hijo de Dios se acostumbraba á los sentimientos humanos; aprendía, por decirlo así, á ser hombre; se complacia en ejercer desde el origen del mundo lo que debia ser en la plenitud de los tiempos. O más bien, continúa Bossuet, para hablar más dignamente de un tan elevado misterio, él no se acostumbraba, sino que nos acostumbraba á nosotros para que no nos espantáramos cuando oyéramos hablar de un Dios-Hombre; no se enseñaba, sino que nos enseñaba á nosotros mismos á tratar más familiarmente con él, deponiendo dulcemente esa majestad terrible para acomodarse á nuestra debilidad y á nuestra infancia. Tal es el designio del Salvador (1).»

Una maravillosa concordancia confirma esta doctrina de los Padres. Sobre este mismo monte Horeb, sobre esta misma roca, en esta misma caverna en donde Moisés vió las transfiguraciones de Dios, el profeta Elías la verá bajo esta forma cinco siglos despues. Posteriormente, uno y otro, sobre un monte muy elevado, verán la trasfiguracion del Verbo hecho carne; trasfiguracion descendente en tanto que es Dios; trasfiguracion ascendente en tanto que es hombre; conversarán con él acerca de su próxima muerte, que debia cumplir la ley y los profetas; aparecerán con gran majestad para rendirle homenaje como á su Señor, entrarán con él en la nube; pero á esta palabra del padre: «Este es mi hijo muy amado en quien yo he puesto mis complacencias, escuchadle,» desaparecerán como la aurora ante el sol que ella anuncia.

(1) Bossuet, 1. *Sermon sur la concept. de la Sainte Vierge.*

CAPÍTULO II

Nuevas tablas de la ley.—Lo que figuraban la destruccion de las primeras y el velo de Moisés.— Construcción, dimensiones y descripción del tabernáculo.—El arca de la alianza; sus dimensiones.—Presencia de Dios en medio de Israel y de los patriarcas.—Ceremonias relativas al arca, figurativas de la vida de Jesucristo.—Señales para los campamentos.—Orden de marcha; su figura en la vida del cristiano.—Aaron, pontífice y juez supremo.—Ornamentos sagrados.—Consagración de Aaron y de sus hijos.—El fuego sagrado.—Funciones de los sacerdotes y de los levitas.—Su posición social y reciproca.—Muerte de Nadab y Abiú.—Empadronamiento militar de las tribus.

Moisés permaneció en la montaña de Horeb, prosternado ante el Señor cuarenta dias y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua, lo mismo que la primera vez, á causa de los pecados del pueblo y para obtenerle la más completa misericordia (1). En señal de reconciliación, Dios escribió sobre las nuevas tablas las diez palabras de la alianza. Cuando Moisés descendió del monte, llevando en sus manos las dos tablas de la alianza, no sabia que su cara estaba radiante por la compañía de la plática del Señor. Y viendo Aaron y los hijos de Israel radiante la cara de Moisés, temieron llegársele cerca. Y llamados por él, volvieron así Aaron como los príncipes de la sinagoga. Y despues que les habló, vinieron á él tambien todos los hijos de Israel, á quienes mandó todo lo que habia oído del Señor en el monte Sinai. Y acabadas las pláticas, puso un velo sobre su rostro. El cual, entrando al Señor y hablando con él, se lo quitaba hasta que salía, y entonces decia á los hijos de Israel todo lo que le habia sido mandado, los cuales veían que estaba radiante la cara de Moisés cuando salía; pero él cubria de nuevo su rostro siempre que hablaba con ellos (2).

Las primeras tablas de la ley, quebradas al pié del Sinai, anunciaban que esta primera alianza no duraria siempre, sino que despues de cierto tiempo cederia su lugar á otra; el velo que Moisés se veía obligado á poner sobre sus

ojos cuando conducía las segundas tablas, indicaba que la nueva alianza permanecería encubierta para una gran parte de Israel. Esto es lo que vemos desde hace diez y ocho siglos. Sin embargo, el velo comienza á levantarse para muchos. No se quita, dice San Pablo, más que cuando se convirtiere al Señor, á Cristo (1); del mismo modo que Moisés no levantaba el suyo sino cuando entraba al Señor. Nuevo motivo para presumir que el Eterno que hablaba á Moisés, era el mismo que Cristo-Dios.

Una señal todavía más brillante de la reconciliación del Señor con los hijos de Israel, fué el santuario que él se hizo construir para habitar en medio de ellos (2), con una especie de presencia real. Quiso no emplear en él más que donaciones voluntarias. Desde que Moisés hizo conocer su intención, hombres, mujeres, príncipes y pueblo ofrecieron con mucho celo todo lo que era necesario para la construcción del tabernáculo, del arca de la alianza, vasos y ornamentos sagrados, oro, plata, telas y piedras preciosas. La diligencia fué tan general, que al tercer dia Moisés prohibió llevar más. Obremos inteligentes, señaladamente Beseleel, de la tribu de Judá, trabajaban en él con ardor, y hacían todo segun el modelo que el Señor habia mostrado á Moisés sobre el monte.

Estando acabado todo, Moisés erigió el tabernáculo el primer dia del primer mes del se-

(1) 2 Cor., III, 14, 16.

(2) Exodo, 25, 8.